

COHESIÓN INTERGENERACIONAL

DV 11/05/2020

La pandemia por el Covid-19 está resultando tan desconcertante como devastadora no solo porque nos ha hecho darnos de bruces con una vulnerabilidad que creíamos erradicada en las sociedades modernas y avanzadas como la nuestra. Lo es porque su impacto ha sido global, pese a las diferencias existentes entre los distintos países; y también porque de una forma u otra ha repercutido sobre todos nosotros, aunque haya agudizado las desigualdades, la distancia entre quienes han podido afrontar en mejores condiciones el confinamiento y quienes no. El virus se ha cebado singularmente con las personas mayores y/o con enfermedades crónicas, y, dentro de ese colectivo, con quienes suponíamos protegidos en ámbitos residenciales. Pero esa letalidad no ha dejado inmunes a otros grupos sociales y de edad; ha intensificado las preocupaciones de los adultos que velan por sus hijos y por sus padres, forzados a lidiar con dos circunstancias tan extremas como la convivencia encerrada y el distanciamiento impuesto; y con la zozobra añadida, en no pocos casos, sobre un futuro económico incierto; y ha sometido a nuestros niños a una experiencia vital extraordinaria e impensable. Esta es una crisis que agranda las brechas sociales, pero que, al tiempo, no respeta en sus consecuencias a casi ningún ciudadano. A ninguna generación.

Crisis sobre otra

La recesión que se desencadenó entre 2007 y 2008 y cuyo impacto se dejó sentir durante una década apartó del mercado laboral, cronificando su desempleo, a miles de trabajadores no solo vulnerables, también en edad de seguir desarrollando su actividad en plenitud de condiciones. Junto a ello, cortó las alas a los jóvenes que se habían formado con unas notables expectativas de desarrollo personal, situándolos ante un escenario que no contemplábamos: el de que nuestro progreso colectivo como sociedad se refrenara, con los hijos detenidos o bajando en el ascensor social que sus padres llevaban décadas haciendo subir. Y en paralelo, las pensiones de los mayores –sometidas a una revisión continuada pero a la vez pendiente en lo que se refiere a la sostenibilidad del modelo– se transformaron en el sostén de muchas familias que, sin ellas, no podían llegar a final de mes. La paulatina recuperación enderezó la situación, pero no suturó la herida de las desigualdades y acentuó la distancia entre generaciones. Entre la disponibilidad económica de los jóvenes con las perspectivas acotadas, de los adultos inquietos por sus hijos y sus mayores, y de los jubilados con prestaciones dispares.

La arremetida en este contexto de una crisis como la del coronavirus ha colocado sobre la mesa nuestra fragilidad compartida y la necesidad de acortar las distancias afectivas y colaborativas entre unos y otros, justo cuando la pandemia nos obliga al distanciamiento social. Si el contexto previo aconsejaba avanzar hacia un nuevo pacto de complicidad intergeneracional, dado que al entramado institucional no le alcanzan los recursos para poder hacer frente a todas las demandas de nuestro Estado de

Bienestar, el Covid-19 ha subrayado lo valioso y trascendental que puede resultar el compromiso comunitario. La solidaridad de ida y vuelta con quienes nos rodean, franja de edad a franja de edad. Conviene incentivarlo cuando la viralidad del ciclo recesivo que se nos avecina va a volver a forzar las cuerdas de nuestro modelo de equidad y la prestación de cuidados.